

Zaragoza que había permanecido en el puente hasta que acabaron de pasar sus tropas, se retiró al fin á la retaguardia de éstas encargando al General Díaz mantuviese la posición siquiera una hora más, para hacer imposible que los franceses persiguieran nuestra retaguardia.

Pero el General Díaz hizo más: con su tenaz resistencia obligó al enemigo á hacer alto, disminuyendo la intensidad de sus fuegos, y no una hora sino hasta bien avanzada la noche se retiró, quedando cubierta la cumbre con alguna caballería situada allí por Zaragoza, como puesto de observación.

El Ejército mexicano siguió por el Palmar, Acatzingo y Tepeaca llegando á Puebla el 3 de Mayo de 1862. El ejército francés avanzaba por el mismo camino á una jornada de distancia.

## CAPITULO VIII.

Cinco de Mayo de 1862



El telégrafo había comunicado incesantemente al Gobierno los movimientos del ejército francés y Juárez, que en su lealtad republicana jamás ocultó al país la verdad de los sucesos políticos, aun los más graves, publicaba en el acto cuanta noticia venía de Oriente.

La ansiedad de la población de la Capital era inmensa: aún había vitalidad en este pueblo que sentía vibrar en su alma los sentimientos más nobles á las palabras mágicas de Patria, Independencia y Libertad.

Por todas partes se veían grupos animadísimos comentando los hechos, participándose las nuevas llegadas del campo y entregán-

dose ya á las esperanzas más halagadoras del triunfo, ya á la indignación despertada por el terror de la derrota.

Allá en la sombra se deslizaban hombres de rostros sombríos, que recatándose se perdían hundiéndose en las sacristías ó en las monumentales casas de los ricos conservadores; eran los viejos deshechos del ejército de Santa Anna que, no pudiendo militar en las gaviilas de Márquez, de Mejía, de Butrón ó de Lozada, se conformaban conspirando en los cafés, ó preparándose para armarse el día que entrara á la capital el invasor, uniéndose á él.

Por fin amaneció el cinco de Mayo y desde las primeras horas del día la inquietud pública paralizó la vida social, concentrándose la agitación en torno del Palacio, en el telégrafo, en el Correo, en todas partes, en fin, donde primero pudiera saberse el éxito de la batalla que iba á darse.

Veamos lo que pasaba entre tanto en Puebla, formalmente amenazada por el ejército francés.

Desde el momento en que llegó el General Zaragoza á Puebla, ocupó los fuertes de Guadalupe y Loreto con la brigada de Querétaro al mando del General Negrete, en sustitución de su Jefe el General Arteaga, que habia sido gravemente herido en las cumbres de Acultzingo.

El resto de las fuerzas del ejército de Oriente, quedaron acuarteladas en la ciudad.

El ejército francés pernoctó el 3 de Mayo en Amozoc.

En la madrugada del día 5 el General Zaragoza comenzó á mover sus fuerzas situándolas de la manera más conveniente para evolucionar, segun el punto que atacara el enemigo.

Entre la capilla de los Remedios y el fuerte de Guadalupe quedó tendida la Brigada de Toluca á las órdenes del General Berriozábal, y la División de Oaxaca, accidentalmente á las órdenes del General Porfirio Díaz, se colocó en la plazuela de la Ladrillera frente al camino de Amozoc. La Brigada de San Luis, ménos la caballería, quedó á la izquierda de la División de Oaxaca.

El escuadrón Lanceros de Toluca y el de Carabineros á caballo de San Luis, mandados por el Coronel Alvarez, se situaron á la derecha de la División de Oaxaca.

Al frente de toda esta línea se estableció una batería de batalla y á más de trescientos pasos á vanguardia se tendió en tiradores el batallón Rifleros de San Luis, quedando distribuido el resto de la artillería, bajo el mando del Coronel Rodriguez, en los fuertes de Guadalupe y Loreto, y en el perímetro interior de la plaza que mandaba el General Escobedo, por haber sido nombrado Gobernador de Puebla el General Tapia.

En las primeras horas de la mañana del día 5 quedó formada la línea mexicana, y un silencio de muerte reinaba en sus filas, cuando del baluarte de Guadalupe se alzó una nube de humo, brilló un relámpago y se escuchó el trueno del cañón que anunciaba que el enemigo estaba á la vista.

En efecto, por la falda de los cerros de Amaluca y las Navajas, aparecieron los zuavos en gruesos pelotones, batiéndose con las guerrillas mexicanas que se habían situado adelante en observación: eran los exploradores de Zaragoza que se replegaban á nuestra línea.

En seguida el grueso del ejército francés se presentó por el camino de Amozoc, y tomando posiciones frente á la Hacienda de los Llanos, después de seguir una línea curva á la derecha, se desplegó en batalla á la izquierda, é hizo alto.

Los franceses pusieron sus armas en pabellón y tomaron rancho, empleando en esto una hora, pasada la cual, se puso de nuevo la columna en marcha diagonalmente por nuestra izquierda, como si quisiera voltear la posición de la ciudad.

La caballería francesa, apoyada por alguna infantería, se situó frente á la garita del Peaje en el Camino de Amozoc.

La infantería continuó marchando, pero al llegar frente al fuerte de Guadalupe hizo alto, estableció sus baterías y comenzó un fuego vivísimo de cañón sobre aquel.

Desprendióse al fin una gruesa columna de zuavos, precedida de una línea de tiradores, y se dirigió al cerro.

Zaragoza, que jamás pudo creer que Laurencez atacara por aquel lado, cambió rápidamente su frente de batalla y lanzó la infantería de la Brigada Berriozábal y el Batallón de Reforma de San Luis á reforzar los cerros de Guadalupe y Loreto. Al mismo tiempo dividió su

caballería, enviando al punto que ocupaba ántes Berriozábal á los Lanceros de Toluca y el piquete llamado de Solís: el resto de la caballería quedó apoyando á la Brigada de Oaxaca, á las órdenes del Coronel Félix Díaz.

La infantería de Berriozábal quedó tendida en batalla en una línea entre los dos fuertes: á la derecha quedaron los dos batallones de Toluca, el fijo de Veracruz y los batallones de Tetela y Zacapoaxtla: el de San Luis quedó en la segunda línea en apoyo de los de Toluca.

La artillería del fuerte de Guadalupe rompió sus fuegos sobre la columna francesa que avanzaba imponente, pero sin detenerla, porque la cubrían los accidentes del terreno.

Cuatro columnas de mil hombres cada una subían por la falda del cerro, cuando salieron á contener á la primera los batallones de Tetela y Zacapoaxtla; pero despues de un reñido combate, los mexicanos retrocedieron á su línea por haber aparecido todo el grueso de la fuerza al borde de la colina, cargando especialmente las columnas que habían cruzado por Rentería, en el espacio que encumbra entre Loreto y Guadalupe.

Los franceses avanzaban con ese valor sereno y arrebatado que les había dado un inmortal renombre; pero al ponerse á descubierto vacilaron un momento ante la metralla; se precipitaron sin embargo hácia adelante, cuando Berriozábal y Negrete mandaron poner en pié la infantería que hasta entonces había permanecido oculta, tendida en el suelo, y que recibió á la columna francesa con un fuego vivísimo, y á la vez los batallones de Toluca y Veracruz, cambiando su frente sobre la derecha flanquearon á los franceses, que no pudiendo resistir por largo tiempo, retrocedieron.

La caballería y parte de la infantería avanzaron mucho más aún hasta arrojar del cerro á la columna francesa enteramente dispersa, y que huía en una confusión espantosa.

Laurencez, asombrado con aquella resistencia que no aguardaba, al ver la derrota de la columna, destacó rápidamente otra en su apoyo: la primera pudo entonces organizarse de nuevo, marchando sobre el fuerte de Guadalupe y la capilla de la Resurrección, que Zaragoza había reforzado con el batallón de Zapadores.

El General en Jefe del ejército francés creyó entonces que debía llamar la atención por otro punto, y desprendió dos columnas, apoyadas por dos escuadrones de caballería sobre la Garita del Peaje, para atacar el punto de la Ladrillera, donde se encontraba el General Díaz con la división de Oaxaca; veamos lo que pasó en ambos combates.

La columna francesa mucho más numerosa que la que dió el primer asalto, y excitada por vindicar su derrota, ascendió al cerro con un impulso irresistible, llegando los zuavos á tocar los parapetos; pero nuestra artillería, perfectamente servida, hacía un fuego incesante y certero sobre los asaltantes, á la vez que los batallones de Toluca, Tetela, Zacapoaxtla y Veracruz, que combatían fuera de las trincheras, resistían por el frente á los franceses y los atacaban por los flancos.

El combate fué terrible, sangriento, y hubo momentos en que combatieron confundidos, á la bayoneta, mexicanos y franceses envueltos en una nube de humo, en medio de una gritería horrible y salvaje.

En aquellos instantes una nube negra, inmensa, cruzada de relámpagos y preñada de rayos, cubrió el horizonte y una lluvia torrencial cayó sobre el campo: eran las cuatro y media de la tarde, y cuatro horas había durado aquella batalla.

Entre tanto se daba otro ataque rudo y vigoroso sobre el punto ocupado por el General Díaz, que era él sólo que hasta entonces había conservado inmóvil su posición.

Las columnas francesas, con un orden admirable, marcharon paralelamente á los dos lados del camino sobre los campos sembrados, y precedidos de una nube de tiradores, que hacían un fuego nutridísimo y certero sobre los tiradores mexicanos, que se replegaron violentamente: entonces pudo obrar nuestra artillería con algun efecto sobre la columna, pero sin lograr detener su marcha.

Hasta entonces los rifleros de San Luis habían sostenido los fuegos, teniendo que reorganizarse de nuevo, ayudados por el batallón de Guerrero que emprendió un ataque sobre el flanco derecho de la columna derecha francesa. Pero ese batallón fué recibido con una fusilería terrible, emprendiéndose un combate muy reñido.

La situación era tanto más grave cuanto que el Teniente Coro-

nel Mariano Jimenez, que mandaba el batallón de Guerrero, había avanzado demasiado, y aquella infantería seriamente comprometida iba á ser envuelta.

Entonces avanzó el General Porfirio Díaz con los batallones 1º de Oaxaca al mando del Teniente Coronel Espinosa, el 2º al mando del Teniente Coronel Loaeza, y cien hombres del Batallón Independencia mandados por el Teniente Coronel Pedro Gallegos y dos cañones de batalla. El joven soldado quería, no sólo apoyar al batallón de Guerrero, sino tomar una iniciativa enérgica para detener la marcha de las columnas francesas que, si vencían, se encontraban dentro de la ciudad.

Los cuerpos de Oaxaca, con Porfirio á su cabeza y formando una sola columna, se lanzaron sobre el enemigo á paso de carga con tal impulso, que los franceses, después de haber hecho una resistencia sobrehumana, vacilaron y retrocedieron, aprovechando en su retirada las sinuosidades del terreno para cubrirse.

Pero el General Díaz siguió adelante, desalojando á los franceses que huyeron al fin á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas francesas que habían intentado un tercer ataque sobre el Fortin de Guadalupe eran arrojados del cerro, descendiendo en una fuga vergonzosa.

El turbión que por algun tiempo nubló el espacio se alejó, cesando la tempestad y apareciendo radiante el astro que en los anales de la historia patria iba á denominarse el Sol de Mayo.

Más no conforme el General Díaz con aquel triunfo quiso intentar perseguir á los franceses hasta su campamento: ordenó á su reserva, formada por el Batallón Morelos, que á los órdenes del Teniente Coronel Rafael Ballesteros y con dos piezas de artillería, apoyase su izquierda, en tanto que por su derecha lanzó á los Rifleros con los escuadrones de Toluca y de Oaxaca: con este doble movimiento acabó de consumarse la derrota de los franceses.

Zaragoza que seguía con ansiedad el ataque tan brillante de Porfirio, dió á éste repetidas órdenes para que hiciera alto: el caudillo oaxaqueño tuvo entonces que obedecer, conteniendo apenas el ardor de sus soldados y quedando más allá del sitio del combate y

teniendo al frente al enemigo en un completo desorden á setecientos metros.

Hé aquí la pálida relación de esa espléndida victoria del Cinco de Mayo, que salvó á la República, revelando la fuerza de un pueblo, y dando á éste un respiro para prepararse á nuevas luchas.

La Francia imperial, que había creído conquistar á México con seis mil hombres, retrocedió asombrada ante la derrota de éstos, comprendió que frente á sus huestes invasoras se había puesto en pie algo más que un partido, una Nación, y durante muchos meses no intentó nuevas empresas, acopiando sólo muchos y poderosos elementos de guerra para enviar un refuerzo de cuarenta y cinco mil hombres á sus soldados encastillados tras las fortificaciones de Orizaba, adonde se retiraron después del desastre que sufrieron en Puebla.

Nuestro pequeño Ejército, que había continuado persiguiendo al ejército francés, á pesar de la superioridad de éste, hasta las goteras de Orizaba, acampó frente á ésta ciudad en espera de la División de Gonzalez Ortega que debía unírsele muy pronto.